
Identidad humana, cristiana y religiosa

*Alvaro Jiménez C., S. J.**

¿Qué significa la identidad ?

A fuerza de repetir algunas frases excesivamente, casi que pierden su significado y se convierten en fórmulas vacías. Tal sucede con esta afirmación: “Soy una persona única, insustituible, irrepetible. Soy un cristiano bautizado, y por lo tanto soy un hijo de Dios. Soy una persona consagrada a Jesucristo por mis votos religiosos (o por mi sacerdocio) y comprometida a un seguimiento radical del Señor”.

La Identidad ha sido un tema favorito de los filósofos de todos los tiempos. Pero nuestro enfoque es más bien psicológico-teológico. Ni las escuelas psicoanalíticas, ni las conductistas se preocupan demasiado por los problemas de identidad. En cambio, para muchos autores de la psicología humanista, que constituyen el movimiento de “La Tercera Fuerza”, el tema de la identidad ocupa un lugar central. Nos identificamos con este movimiento de “La Tercera Fuerza”, porque creemos en la libertad y en la dignidad del hombre contra Skinner 1 y discrepamos radicalmente de la concepción del ser humano como un manojito de fuerzas inconscientes de origen libidinoso, en lucha permanente e inevitable contra las exigencias e imposiciones de la sociedad, como lo pretende Freud 2

Warren 3 describe la identidad personal como “la existencia continua de un individuo determinado a pesar de los cambios en sus funciones y estructura”. Más nos atañe aquí la

* Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Doctor (Ph. D) en Psicología de la Personalidad por la Universidad de Chicago.

1 Skinner, B. *Beyond Freedom and Dignity*. New York: Alfred A. Knopf, 1972.

2 Freud, S. *Obras completas*. Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1948. Cfr. etiam A. Jiménez, S.J. Análisis Psicológico de la madurez religiosa. Separata de Revista Javeriana.

3 Warren, H.C. *Diccionario de Psicología*. México, Fondo de Cultura Económica. 1948, p.170.

identidad como “el sentido subjetivo de la existencia continua”.

Según la “teoría epigenética” del desarrollo humano, propuesta por Erik Erikson, el “sentido de identidad” y su polo opuesto “la difusión de identidad”, constituyen el mayor logro y el mayor fracaso respectivamente, dentro de las “ocho edades del hombre” hacia la madurez⁴. En la famosa investigación sobre *El sacerdote católico en los Estados Unidos*, llevada a cabo por encargo de la Conferencia Episcopal Norteamericana y coordinada por la Universidad de Loyola de Chicago, encontramos una excelente definición operativa de lo que es la identidad, dentro del esquema teórico de Erikson y aplicada a la identidad sacerdotal:

“Identidad significa un sentido interno de mismidad y continuidad en el tiempo y de homogeneidad interior en un momento dado. Concretamente, implica el sentirse a gusto con su propio cuerpo, saber uno ‘para dónde va’ y la seguridad de ser reconocido por los demás. Todo esto se basa en una buena integración entre las pulsiones y deseos internos por una parte y las condiciones sociales por la otra; esta integración se concreta en las áreas del trabajo, el sexo y las relaciones con los compañeros y con la comunidad”.

El polo opuesto es denominado por Erikson “difusión de identidad” o sea:

Una discrepancia entre lo que uno aparenta ser y lo que es; confusión acerca de la propia identidad sexual y de su habilidad para escoger una carrera por razón de las dudas y de los intereses en conflicto; inhabilidad para relacionarse con los demás en pie de igualdad o para competir con ellos; sentimientos de vacío; falta de una filosofía coherente de la vida y de metas que den sentido a la propia existencia”⁵.

Importancia del sentido de identidad.

Sobra recalcar la importancia que tiene el sentido de identidad personal. “Una base importante, quizás el fundamento más importante para la salud mental y espiritual es la identidad psicológica”⁶. Una persona madura, aunque nunca se haya planteado expresamente la pregunta ¿quién soy yo? debe ser capaz de responder a este crucial interrogante.

Diversas clases de auto-imagen:

Nuestra auto-imagen puede adquirir tres modalidades diferentes:

⁴ Erikson, E. *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires, Paidós, 1974. cap 7, p. 222-251.

⁵ Kennedy, E & Heckler, V.J. *The Catholic Priest in the States; Psychological Investigation* Washington, D.C. Publication Office United States Catholic Conference, 1972, p. 241-242.

⁶ Cavanagh, M.E. *Make Your Tomorrow Better*. New York; Paulist Press, 1980, p. 127.

a. A veces podemos sobre-estimarnos (imagen “aureolada”, “engreida”, “inflada”). Puede tratarse de un mecanismo de compensación, como defensa o fachada para disimular la propia inseguridad. Otras veces se trata de verdadero orgullo v.gr. cuando la persona está centrada en el éxito social proveniente de los honores, los títulos, las riquezas, etc.

b. La imagen negativa. Es tal vez más frecuente que la anterior. El individuo no se aprecia suficientemente; no reconoce sus cualidades; se minusvalora y se desprecia a sí mismo; ve todo “negro”; se fija en sus limitaciones y en sus defectos; se considera insignificante ante los demás e incapaz de realizar algo en la vida.

c. La imagen normal. Finalmente nuestro auto-concepto puede aproximarse a lo que realmente uno es o sea a su *Yo Real*. ¡La humildad es la verdad! Sería un lamentable error confundir la virtud de la humildad cristiana con un complejo de inferioridad.

La identidad constituye la base para la fidelidad, virtud hoy tan necesaria, cuando nos debatimos en una crisis de la palabra empeñada, tanto en el compromiso matrimonial como en la consagración religiosa o sacerdotal. La fidelidad ha sido descrita por Erikson como “la capacidad de seguir coherente con los principios libremente escogidos, a pesar de las contradicciones inevitables de los sistemas de valores”⁷.

Hemos presenciado muchas defecciones de sacerdotes y de religiosos con votos perpetuos en estos últimos veinte años y seguimos debatiéndonos en esta crisis de fidelidad⁸. Cuando la “crisis de identidad” se ha resuelto favorablemente en la época de la adolescencia, queda establecida la propia identidad. Y con la solución de la crisis de identidad en la adolescencia, el resultado es la capacidad para la fidelidad. La fidelidad es la capacidad de permanecer leal a pesar de las contradicciones, y la identidad constituye su fundamento necesario. Si esta crisis de identidad no se ha resuelto, la lealtad se considera como carente de importancia. El placer personal se constituye en la meta principal⁹.

La persona con identidad definida se siente más segura y más libre; está más capacitada para asumir compromisos y para permanecer fiel a la palabra empeñada. En otras palabras, tiene más probabilidades de perseverar en su vocación.

El sentido de identidad para la persona humana es una fuente de profundas satisfacciones, cuando la auto-imagen y la auto-estima son positivas. Pero puede igualmente convertirse en un potro de tortura, cuando ellas son bajas o negativas. Muy importante para la persona

⁷ Erikson, E. *Ética y Psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós. Norton & Co. 1968.

⁸ Jiménez, Alvaro. *Causas del abandono del ministerio sacerdotal*. Medellín, 1986, 12, p. 87-95.

⁹ James, M. *Breaking Free*. Reading, Massachusetts, Addison Weston Publ. 1981.

consagrada es considerarse a sí misma como digna de estima, por sus talentos y realizaciones personales. La humildad no consiste en desconocer esas dotes personales ni en negarlas, ni mucho menos en convertirse en víctima de un complejo de inferioridad. Pero, además de las cualidades y realizaciones personales (que pueden ser muchas y muy grandes), poseemos las características inherentes a toda persona humana; ellas constituyen el núcleo central de nuestra identidad y en ellas debe también fundamentarse la auto-estima.

Muy inspiradoras son las siguientes afirmaciones de A. Manenti:

“Todo ser humano posee la capacidad de amar, de darse al otro. De igual modo posee la capacidad de realizar de manera creadora algo significativo, así como la correspondiente energía... Es importante tomar conciencia de ello, porque es en torno a esta realidad esencial como el hombre se encuentra a sí mismo y se descubre sustancialmente digno de estima. Lo demás es secundario. Es decir, poco importa el que determinado ser humano posea grandes dotes o determinados talentos; para nada cambia las cosas el hecho de que no posea el coeficiente intelectual de un genio, o que no encandile a la gente cuando habla, o que le resulte difícil desempeñar ciertas funciones; no es ningún drama el hecho de que se equivoque o descubra que hay alguien más valioso que él” 10.

El problema de la identidad de la persona consagrada se puede formular con una misma pregunta, planteada a tres niveles:

“¿Yo quién soy como persona humana ?”

“¿Yo quién soy como cristiano ?”

“¿Yo quién soy como religioso ?”

Trataremos de esbozar algunos caminos de solución, dividiendo nuestra exposición en tres partes: I. Identidad personal; II. Identidad cristiana; III. Identidad religiosa.

I. Identidad personal

Realmente cada uno de nosotros puede afirmar con toda razón: “*Soy un individuo único e irreplicable*”. La molécula de DNA determina nuestras cualidades hereditarias. ¡Los matemáticos calculan que dicha molécula se puede unir teóricamente de $10^{2.400.000.000}$ maneras distintas (10 elevado a la potencia 2.400.000.000). Nunca podremos ni barruntar lo que significa esta cantidad; supera absolutamente nuestra capacidad de imaginación. Quiere esto decir que para hallar dos personas genéticamente iguales se necesitarían $10^{2.400.000.000}$ personas. ¡Si hubiera que escribir esta enorme cantidad con cifras de una pulgada de anchura cada una, se requeriría un papel de 37.000 millas de longitud! Baste con saber que los átomos

10 Manenti, A. *Vivere insieme. Aspetti psicologici* Santander, Sal Terrae, 1960. p. 78.

de todo el universo se calculan en 10^{76} .¹¹ Realmente puedo decir con la boca llena y con un sano y justificado orgullo: “Soy una persona única e irrepetible”.

Tal vez el dato siguiente es más accesible a nuestra comprensión: de la unión de los 23 cromosomas del padre y los 23 cromosomas de la madre, en la unión de dos padres son posibles 8.388.608 de combinaciones. La probabilidad de que una de estas combinaciones se repita es prácticamente despreciable.¹² ¡Necesitaríamos tener 8.388.608 de hermanitos para disfrutar de las ventajas y desventajas de tener “un doble”.

Pero, ¿tengo conciencia de mi propia identidad? Es lo mismo que preguntarse: “¿Quién soy yo?” Y esta pregunta es tan profunda que me deja demasiado tranquilo... En la guerra, los proyectiles de artillería pesada pueden pasar sobre nuestras cabezas, sin hacernos ningún daño, ni rozar siquiera nuestra piel.

Soy una persona humana, o sea “una substancia indivisible de naturaleza racional”, para repetir la clásica definición de Boecio (“Rationalis Naturae individua substantia”). Mi yo-real es la unidad de un organismo, animado por un alma racional, espiritual e inmortal. He sido creado a imagen de Dios (Gén 1,26). Aquí está el fundamento de mi *auto-imagen* y de mi *auto-estima* positiva, elementos tan importantes para la salud mental, para la satisfacción en la vida, para la eficiencia en el trabajo y para poder disfrutar de buenas relaciones interpersonales.¹³

¿Cuáles son los principales elementos de mi identidad como persona? Aunque cada uno merecería una larga explicación, vamos a tener que contentarnos con una escueta enumeración, ilustrada con la gráfica de la siguiente página que puede servirnos como síntesis o modelo de nuestros conceptos.

1. El cuerpo y el esquema corporal.

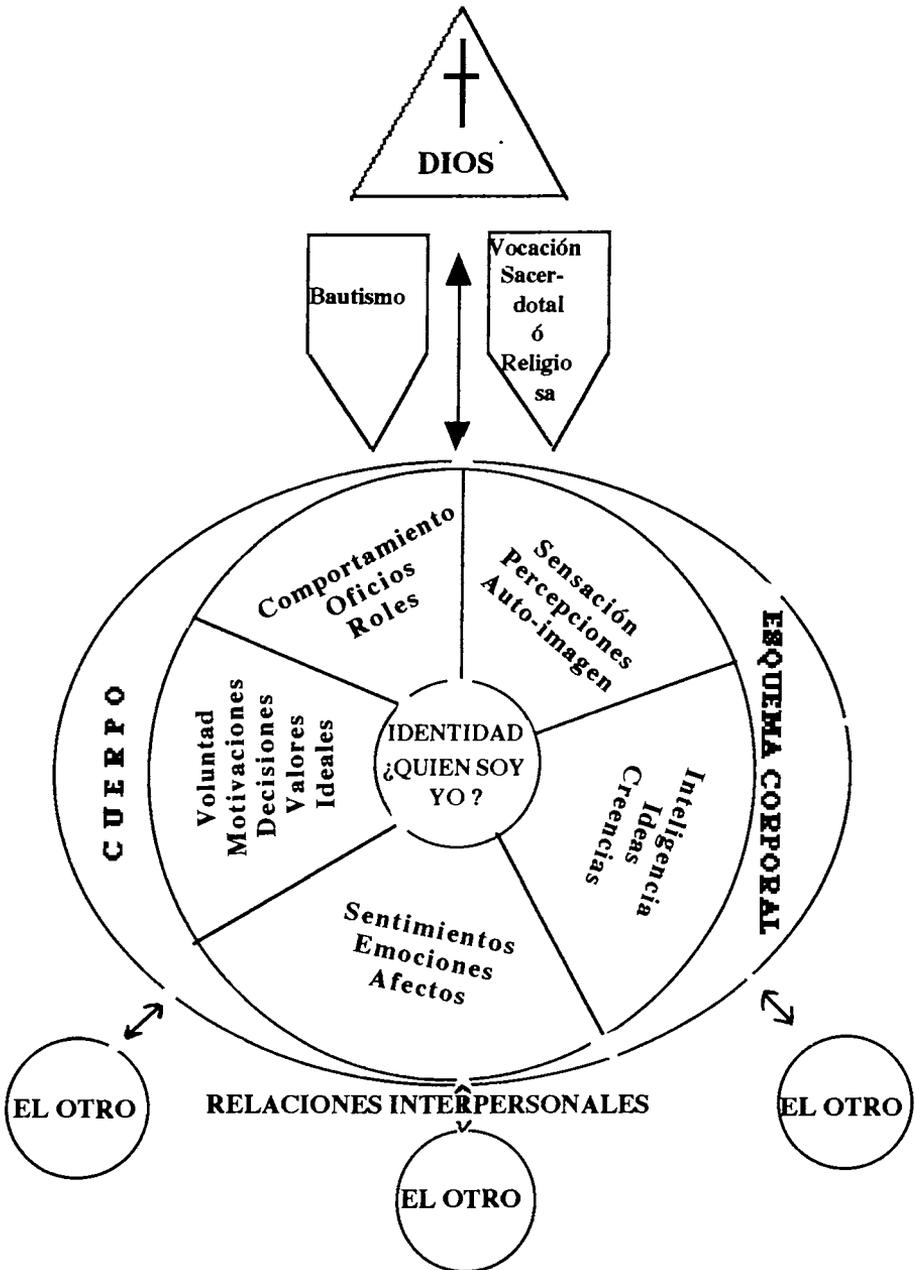
Como persona humana, cuento con algunos elementos que pertenecen constitutivamente a mi naturaleza humana. Tengo, ante todo, un cuerpo, obra cumbre de la naturaleza en evolución siempre progresiva durante millones de años... Cada una de las células del organismo es una obra maestra de ingeniería genética. ¡Qué decir del conjunto de órganos del cuerpo humano con su maravillosa armonía! El prodigio del cerebro con sus billones de neuronas que capacitan al hombre para pensar, para imaginar y recordar.. El corazón que

¹¹ Carkille, D. *Celebrate Yourself*. New York, Doubleday & Co. Inc. 1977.

¹² Coleman, J.C. *Personality Dynamics and Effective Behavior*. Chicago, Scott, Foresman & Co, 1960 p. 46.

¹³ Cfr. Fey D. & Carlock C.J., *Enhancing Self-Esteem*. Muncie, Accelerated Development, 1988.

IDENTIDAD : "¿ QUIEN SOY YO?"



late 70 veces por minuto, día y noche; 36 millones de latidos al año... Impulsando la sangre a través de 100.000 kilómetros de venas y arterias, impulsando más de dos millones de litros de sangre al año 14.

Esos dos ojos, que le permiten ver la luz y disfrutar de la hermosura de las flores, de la paz de una noche estrellada, de la sonrisa de un niño o del atractivo de un rostro bello o amable. El oído con que el hombre capta la armonía de la música y el prodigio de la voz humana. El sistema muscular y esquelético que facilitan la locomoción y el movimiento. Las glándulas, los pies, las manos ...etc.

Y ese cuerpo ha sido dotado por Dios con el don prodigioso de la sexualidad para conservar la raza humana y para disfrutar de la capacidad de amar como hombre o como mujer, de compartir el amor oblativo, lo cual se verifica no sólo en la entrega de los esposos, sino también en la vida apostólica y en la *paternidad* y *maternidad espiritual* de la persona consagrada.

El cuerpo, mejor dicho el *esquema corporal* constituye la base misma de todo el sentido de identidad. Teniendo este organismo maravilloso, regalo de Dios, es muy secundario el hecho de que uno sea gordo o flaco, buen mozo o feo, blanco o moreno; de que tenga tal piel y tal barba o cabello; determinadas piernas o facciones. Lo verdaderamente importante es que la persona se sienta a gusto con su esquema corporal: masculino o femenino; débil o fuerte; joven o viejo. Al ver su imagen reflejada en un espejo, puede uno exclamar: "Ese soy yo. Estoy satisfecho con mi cuerpo y tengo la seguridad de que con él puedo servir a Dios y agradar a los demás"

2. Sensaciones y percepciones.

A través de los sentidos corporales el hombre recibe continuamente infinidad de estímulos provenientes del mundo exterior; son *las sensaciones*. Este cúmulo caótico de informaciones tiene que ser seleccionado y organizado para convertirse en *percepciones*.

Es convicción unánime de los psicólogos que "nuestra percepción es selectiva". Un aspecto muy importante de la propia identidad es la manera peculiar que cada persona tiene de percibir el mundo; pero sobre todo de percibir las demás personas y a sí misma, o sea, la *Auto-imagen*. Dicha auto-imagen refleja el sentido de identidad de la persona, casi que se identifica con ella. Con razón sobrada puede afirmar Branden en su obra sobre "La Psicología de la *Auto-estima*":

"Las personas ven el mundo a través del filtro de sí mismas; por consiguiente la imagen

¹⁴ Mandino, Og. *El milagro más grande del mundo*. México. Ed. Diana, 1977 (13a Edic.) p. 137-142.

del Yo colorea e influye todas las percepciones, su manera de pensar, de sentir, de obrar. El auto-concepto es el marco de referencia de todas las demás percepciones'¹⁵.

3. La inteligencia.

Mi inteligencia, que es lo que me especifica como ser humano, racional y libre. Tengo mis propios *pensamientos*, mis *ideas*, mis *creencias* personales. La capacidad de pensamiento conceptual me confiere una dignidad que me coloca, como rey, por encima de toda la creación. Valgo más que toda materia inanimada; estoy por encima de todo el mundo vegetal, de todo el reino animal. Puedo pensar con categorías abstractas de valor universal; puedo formular hipótesis y leyes científicas; puedo predecir eventos futuros; puedo compartir con los demás mis ideas, opiniones y creencias. *Soy un ser inteligente y libre*

4. Sentimientos y emociones

Elemento importantísimo de la propia identidad es la capacidad de: a) experimentar, b) expresar y c) controlar los propios sentimientos, afectos y emociones. Cada persona es única por la variedad y riqueza de sentimientos; por la intensidad y duración de éstos, por su manifestación espontánea o inhibición de los mismos. De manera muy diversa experimentan sus emociones de ira, de temor, de entusiasmo, de alegría, de tristeza, de celos, de amor, un hombre y una mujer. No hay tampoco dos hombres iguales, ni existen dos mujeres idénticas. ¡En el campo sentimental y emotivo sí que se cumple la verdad aquella de que: "soy un ser único e irrepetible"!.

5. Motivaciones.

La propia identidad va determinada, en gran escala, por las motivaciones conscientes o inconscientes que influyen en nuestros comportamientos. Intimamente relacionados con la motivación se encuentran *los valores*, *las metas*, *los ideales* de cada persona. Y coordinando y dirigiendo todos estos dinamismos, influenciada ciertamente por múltiples condicionamientos, pero libre dentro de ciertos límites, *la voluntad* ejerce su papel rector, mediante la toma de decisiones.

La motivación es un elemento central en la personalidad. Nuevamente nos encontramos en un campo absolutamente idiosincrásico. Las motivaciones de cada persona son únicas. Tanto más claro será nuestro sentido de identidad, cuanto más profundamente penetremos mediante el "insight" en el océano vasto y profundo de nuestras propias motivaciones. Hay que comprender por qué algunas cosas y personas me gustan y otras me desagradan. Con frecuencia, "no entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, y en cambio aquello que odio es precisamente aquello que hago" (Rom. 7,15)

¹⁵ Branden, *The Psychology of Self Esteem*. New York. Nantam Books. 1971.

Rara vez un comportamiento brota de un solo motivo. De ordinario nuestros comportamientos son multimotivados, especialmente cuando se trata de asuntos importantes como la elección de una carrera o cargo, la opción vocacional, etc. Nuestros motivos pueden ser muy profundos, complejos y no-conscientes. Algunas motivaciones son altruistas y generosas; otras profundamente egoístas y destructivas. Algunos psicólogos se atreverían a cuestionar la posibilidad misma de obrar habitualmente "por puro amor de Dios y con absoluta pureza de intención". Podríamos parafrasear un dicho popular afirmando: "Dime cuáles son tus motivaciones y yo te diré quién eres", o sea te reflejaré tu identidad.

6. Comportamientos

La única manera de conocernos de manera objetiva de que los demás conozcan nuestra identidad es por medio de nuestros comportamientos: acciones, trabajos, desempeño de roles. La auto-imagen y el sentido de identidad se forman no sólo a través del "feedback" que recibimos de los demás sobre cómo nos perciben a nosotros, sino también por nuestras propias experiencias de triunfo o de fracaso, por medio de comportamientos maduros, inmaduros o tal vez neuróticos; por nuestros grandes realizaciones apostólicas o nuestras pequeñas mezquindades de cada día. "Todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos... De modo que a ustedes los reconocerán por sus acciones" (Mt. 7,17-20.)

7. El otro: relaciones interpersonales.

Influidas por todos los factores anteriores, las relaciones interpersonales, a su vez, ejercen un poderoso influjo sobre los demás elementos de la personalidad y el sentido de identidad. La identidad de la persona y su auto-imagen se forman en gran parte a través del reflejo que nos dan los demás, de la manera como nos perciben, no sólo en la infancia (padres, hermanos, maestros), sino durante toda la vida. Aunque el influjo externo disminuye con la edad, a medida que la personalidad se solidifica (o tal vez se anquilosa), el otro ejerce siempre un influjo importantísimo. En algunos casos, el ambiente puede causar una *crisis de identidad* en cualquier época de la vida.

Resumiendo lo dicho hasta aquí, el sentido de identidad como personas abarca múltiples elementos o mejor dicho tiene variadas facetas. Algunas más importantes son: el esquema corporal, las sensaciones y percepciones, la inteligencia, los sentimientos y la vida emocional, las motivaciones, la voluntad y los comportamientos. Esa personalidad total es la que se pone en relación con los demás y finalmente con el Ser Trascendente y el mundo sobrenatural.

8. Relación con Dios.

Sobra decir que muchos psicólogos, no sólo freudianos o conductistas, sino también de otras escuelas, no creen en Dios y por consiguiente no le mencionan siquiera al hablar de la identidad personal. No es el momento de entrar en un terreno polémico ni apologetico. Tomemos la creencia en Dios como un simple “dato científico”: han existido y existen millones de personas “teístas” que creen en la existencia de Dios y en su acción continua y real sobre sus vidas. Más aún, hay muchos creyentes sinceros, para los cuales Dios y la religión constituyen el *centro unificador* de toda la vida, la explicación última del universo, el núcleo de atracción en torno al cual han construido su identidad. Tal es el caso de muchos cristianos, del sacerdote auténtico y de las personas que viven a profundidad su consagración religiosa. Sin Dios, su identidad se desbarataría como un castillo de naipes ante la violencia de un ciclón. Es injusto llamar a este fenómeno “una neurosis colectiva, atenuada y benigna por el hecho de haberse generalizado tan ampliamente en la humanidad”, como lo hace Freud 16.

Un psicólogo, un científico, tiene derecho a estudiar como datos de la realidad esas creencias y hacerlas objeto de su estudio científico. Es legítima y necesaria la “Psicología de la Religión”.

II. Identidad Cristiana.

Pasamos, pues, a profundizar en dos niveles el sentido de identidad de la persona consagrada: su identidad como cristiano y su identidad como religioso. No se trata de capas superpuestas artificialmente a la identidad como persona; no son un vestido que se quita o se pone, ni son dos envolturas elegantes para darle mejor presentación al don precioso de la personalidad humana. Son aspectos constitutivos y vitales de la identidad, inseparablemente unidos a ella; forman el centro mismo del sentido de identidad.

A nuestros valores como simples personas humanas, debemos integrar nuestra *identidad como cristianos*. Por un llamamiento bondadoso y gratuito de Dios, hemos sido marcados con un carácter imborrable, el carácter bautismal, que eleva toda nuestra persona a un plano superior, desconocido e inaccesible para las ciencias naturales. En los niveles siguientes, a través de realidades que superan todo el conocimiento científico, sólo pueden guiarnos la revelación y la fe.

Elemento esencial en la identidad de un cristiano auténtico es su filiación divina: *Soy hijo de Dios por el bautismo y la fe*”.

¹⁶ Freud, S. Op. cit; cfr. etiam Fuller, A.R. *Psychology of Religion*. New York Lanham, 1977 y A. Jiménez, *Análisis psicológico de la madurez religiosa*. Revista Javeriana.

El Concilio Vaticano II¹⁷ nos ha recordado insistentemente que todo cristiano se honra con el nombre de Cristo (549), se llama y es llamado hijo de Dios (599); por el bautismo es una nueva creatura (599); es un miembro de Cristo (39), conformado con la imagen del Hijo (217), resucitará en Cristo una vez vencida la muerte (232). Estos elementos contribuyen a formar la identidad del cristiano, cuando acepta estas verdades, no como frías abstracciones teóricas, sino que logra convertirlas en vida propia por la fe; a la luz de la oración y movido por el Espíritu, encuentra aquí bases muy firmes para formarse una auto-imagen positiva y, por consiguiente, para una alta y saludable auto-estima.

¿Cómo se explica, entonces, que para tantísimos individuos su identidad como cristianos no ejerza el influjo real unificador que conduzca a darle sentido y satisfacción a la vida?

¿Cómo es posible que Rulla 18 haya concluido que el 75 % de los sacerdotes entre los que integraron la muestra de su investigación, tenían una auto-estima demasiado baja? A. Manenti propone una explicación plausible a estas preguntas:

“No es cuestión de falta de fe, sino de falta *decentralidad de la fe*. no somos capaces de hallar en ella una positividad suficiente, como si no bastara descubrir que somos hijos de Dios para sentirnos portadores de valores. Y entonces la identidad se desplaza hacia otras realidades y, para valorarse positivamente, se requiere un montón de compensaciones, de confirmaciones, de éxitos... A pesar de su presencia, en la práctica no se considera la verdad de la fe lo bastante *central y esencial* en el concepto de sí”¹⁹.

III. Identidad religiosa

La persona consagrada tiene todavía un tercer núcleo unificador de su identidad total: su vocación religiosa y su consagración al Señor por los votos. El sacerdote cuenta también con el carácter sagrado de su ordenación sacerdotal.

El Vaticano II muestra un gran aprecio por la vida consagrada. La Constitución *Lumen Gentium* afirma que “El estado de quienes profesan los consejos evangélicos... *pertenece a la santidad de la Iglesia*” (C.574 & 1)

El Decreto *Perfectae Caritatis* (Nº 1) describe así a los religiosos:

“Todos los que son llamados por Dios a la práctica de los consejos evangélicos y los profesan fielmente, se consagran de modo peculiar a Dios, siguiendo a Cristo, que,

¹⁷ Vat. II., *Documentos del Vaticano II*, Madrid Bac, MCMLXVIII

¹⁸ Cfr. Manenti, A. Op. cit., p. 71

¹⁹ Manenti, A. Op., cit.

pobre y virgen (Mt 8,20; Lc 9,18), por su obediencia hasta la muerte de cruz (Phil 2,8) redimió y santificó a los hombres”²⁰.

Difícilmente podrá sintetizarse mejor la *identidad de la persona consagrada* que en la formulación adoptada por el Código Renovado de Derecho Canónico²¹, el cual asumió las orientaciones conciliares y trató de sintetizarlas. El Código armoniza la densidad teológica con una profunda espiritualidad. El Canon 573 & 1 puede ser para los religiosos una valiosa ayuda en la búsqueda de su identidad. Leamos este texto con toda atención. Constituye “casi un tratado resumido de vida religiosa”²². Este es su texto:

“La vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos es una forma estable de vivir, en la cual los fieles, siguiendo más de cerca a Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, se dedican totalmente a Dios como a su amor supremo, para que entregados por un nuevo y peculiar título a su gloria, a la edificación de la Iglesia y a la salvación del mundo, consigan la perfección de la caridad en el servicio del Reino de Dios y, convertidos en signo preclaro de la Iglesia, pronuncien la gloria celestial” (Canon 517, &1).

En esta definición, aunque un tanto compleja, se encuentran los elementos fundamentales. Enumeremos los elementos que describen la identidad religiosa:

- El seguimiento de Cristo (la tradicional “sequela Christi”).
- La acción imprescindible del Espíritu Santo.
- La consagración total a Dios como supremo amor.
- La caridad y la búsqueda de la perfección.
- La profesión de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia.
- La unión especial a la Iglesia por la caridad en el servicio del Reino.
- El ser signos preclaros que anuncien la vida futura ²³.

¡Qué cantera tan rica para clarificar nuestra identidad como religiosos! Piso firme para salir del terreno pantanoso de la “*confusión de identidad*” que todavía padecen algunos religiosos.

El carisma congregacional.

Todos los religiosos hemos sido llamados a seguir a Cristo y a su Iglesia en esa consagración

²⁰ Vat. II, Documentos Del Vaticano II, Madrid: Bac. MCMLXVIII.

²¹ Anónimo. *Código de Derecho Canónico*. Madrid: Bac, MCMLXXXIII.

²² Ibid. Comentario al canon 573.

²³ Ibid.

radical a Dios que nos inculca el Derecho Canónico. Pero a Cristo se le puede imitar por caminos muy diversos. El Espíritu es el que mueve a cada uno y sopla donde quiere.

“Cede en bien mismo de la Iglesia que los institutos tengan su carácter y función particular. Por lo tanto, reconózcanse y manténganse fielmente el espíritu y propósito propios de los fundadores, así como las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto” 24.

El sacerdote diocesano tiene su carisma y su espiritualidad propios. Cada religioso ha sido llamado por Dios a servirle en la Iglesia como miembro de una determinada familia religiosa, con la cual debe estar identificado.

Los psicólogos sociales recalcarían aquí la importancia del *“sentido de pertenencia”* y las fuerzas centrípetas que incrementan la *cohesión* de un grupo humano 25. El teólogo habla del *“carisma congregacional”*. Tanto el psicólogo como el teólogo tienen mucho que enseñarnos.

Para cada persona, *la mejor* familia religiosa es aquella a la cual Dios lo llamó; ella le da su apellido de familia dentro de la Iglesia. La identidad debe centrarse alrededor del carisma fundacional ¡Qué importante, por lo tanto, que el religioso lea y relea la vida y escritos de los fundadores, las constituciones y documentos, la historia de su instituto religioso, los ejemplos y tradiciones de sus mayores, adaptados a las necesidades de los tiempos actuales, según la mente de la Iglesia.

¿Crisis de identidad religiosa?

Se ha hablado y escrito mucho sobre *“la crisis de identidad”* de los sacerdotes y religiosos. El Concilio Vaticano II destacó muy claramente la misión sacerdotal del laico, su vocación a la santidad y el derecho y deber de todo bautizado al apostolado dentro de la Iglesia 26. A pesar de las orientaciones del Vaticano II, todavía nos falta recorrer distancias astronómicas para otorgar a los laicos el puesto que se merecen y a que tienen derecho en la vida y apostolado de la Iglesia.

Pero no pocos sacerdotes y religiosos cayeron en el extremo de exaltar tanto la vocación del laico bautizado, que vinieron a menospreciar la vida religiosa y el sacerdocio ministerial. Podríamos hablar en estos casos de una verdadera *“crisis de identidad”* o *“fusión de*

24 Vat II. op. cit. Decr. Perfectae Caritatis N° 1

25 Cartwright, D. & Zander, A. *Dinámica de Grupos*. México, Trillas, 1975. (2a Parte: Grupos y membresía de grupos).

26 Vat II. op. cit. Apost. Act. N° 3.

identidad", para usar la terminología de Erikson. Muchos sacerdotes dejaron el ministerio y muchos religiosos abandonaron su comunidad, simplemente porque "no tenía sentido el ser sacerdote ordenado" o se sentían "desilusionados y desinflados" con la vocación religiosa y los sacrificios que los tres votos traen consigo²⁷.

Todavía hoy no faltan las crisis ni las defecciones, más frecuentes que en otras épocas de más sosiego en la Iglesia y en el mundo. Pero, gracias a Dios, parece que el horizonte se va despejando y sobre las nubes de tormenta va brillando nuevamente el sol de la esperanza.

La vocación laical a la santidad y al apostolado en nada opacan ni rebajan la vocación al sacerdocio o a la vida consagrada. Hay muchos síntomas alentadores de una auténtica renovación y búsqueda sincera de identidad religiosa. Muchas órdenes y congregaciones religiosas han realizado profundas reflexiones sobre su propio carisma, tratando de ponerse al día y aceptando con generosidad y apertura los cambios que sugieren las necesidades de un mundo cambiante con rapidez vertiginosa.

Muchísimos capítulos provinciales y generales han reestructurado las constituciones y reglas, de acuerdo con las orientaciones del Decreto *Perfectae Caritatis*. En algunos países, especialmente del tercer mundo, se nota un esperanzador incremento de vocaciones sacerdotales y religiosas. Confiamos en que Dios seguirá llamando obreros a su mies y que las vocaciones femeninas, hoy todavía escasas, irán aumentando y mejorando progresivamente.

El "*Instrumento Preparatorio*" de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se reunirá en Santo Domingo en 1992, señala múltiples "dinamismos" que muestran el vigor de la vida religiosa en el Continente:

"Nacimiento de institutos religiosos tanto masculinos como femeninos en diversos países de América Latina. Carácter misionero de muchos de estos institutos que los lleva a evangelizar no sólo en otros países del continente sino 'ad gentes'. Esfuerzos de adaptación de los carismas propios de los institutos religiosos a nuestra realidad latinoamericana. Renovación de la vida comunitaria de los diversos institutos y testimonio evangelizador a partir de dicha vida. Opción preferencial por los pobres de muchos institutos y búsqueda de una vida de pobreza acorde a esta opción. Inserción en medios populares para su evangelización liberadora. Inserción de la vida religiosa en la pastoral de conjunto de la diócesis. Aporte evangelizador de la vida religiosa en múltiples formas a las Iglesias de América Latina"²⁸.

²⁷ Jiménez, Alvaro Loc. cit.

²⁸ CELAM, *Instrumento preparatorio: Elementos para una reflexión pastoral en preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Bogotá, Centro de Publicaciones del CELAM, 1990.

Tenemos muchos motivos para confiar en el Señor. A la medida en que la *identidad religiosa* se solidifique y proporcione un piso más sólido a la *virtud de la fidelidad*, esperamos firmemente que:

- Aumentarán los aspirantes al sacerdocio y a la vida religiosa en número y calidad.
- Los sacerdotes y religiosos vivirán más felices y auto-realizados en su vocación.
- Serán instrumentos más eficaces en las manos de Dios para la obra de la construcción del Reino.

En una palabra, al clarificar se nuestra identidad y con ella la virtud de la fidelidad, *cumpliremos mejor nuestra misión de consagrarnos totalmente a Dios como Dios como supremo amor y servir mejor a nuestros hermanos los hombres.*